Beatriz Estrada Abascal

PROHIBIDO SU NOMBRE

LETRAS DE AUTOR

© Beatriz Estrada Abascal
© Letras de Autor
Teléfono: 91 151 16 14
info@letrasdeautor.com
www.letrasdeautor.com

Maquetación editorial:JD-M
Diseño de cubiertas: Sara García
Ilustración de cubierta: Natalia Barquín Urbistondo

Primera edición: diciembre 2016

ISBN: 978-84-16958-29-0
Depósito Legal: M-41848-2016

P.V.P.: 15 € (con IVA)

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

Para mis *Marias*. Aquí lo tenéis.

- PRÓLOGO-

«Se ha roto la lavadora»

Todos en mi casa sabíamos que esa frase acabaría repitiéndose dos veces más en un breve espacio temporal.

Así es, si se rompía un electrodoméstico siempre iban detrás dos cosas más.

La regla de los tres fallos la llamábamos mi hermano y yo. Por supuesto mis padres nos repetían una y otra vez que era una idiotez, pero yo me he pasado toda la vida viendo como la «casualidad» es una idiota que nunca exime de volver a ver el mismo error cometido de nuevo; y más aún en mi caso, ya que vivo donde no tengo que hacerlo, sueño en un sitio alejado del suelo, que es donde mis pies deberían estar posados continuamente, camino a kilómetros de las personas centradas, descanso separada de la gente que sabe exactamente a donde le lleva su vida, habito apartada de la sociedad que te invita a seguir un camino marcado.

Me encantaría no creer en el destino. Mi parte racional me repite una y otra vez la imposibilidad de ese hecho, pero el romanticismo de la idea es algo que supera a todas las conexiones neuronales que me hacen parecer una persona normal.

Eso es lo que me ha llevado a este punto. El puto destino; o más bien la gilipollez de esperar que no me falle.

-1-

El frío de la mañana se había congelado en mis sábanas. Tuve que despertarme del todo para darme cuenta de que Diciembre estaba en mi habitación. Mis ojos, cansados de no descansar, tenían que ver las lágrimas que había depositado con cuidado en mi almohada la madrugada anterior. Estaban estratégicamente colocadas, cristalizadas, bañadas por la luz blanca de la mañana que las hacía parecer incluso hermosas.

Como todos los días, me levanté rápido de la cama apenas dedicándola una mirada llena de rabia y orgullo contenido. Como si ella fuese la culpable de todo, como si fuera la causante de que todos esos pensamientos se agolpasen en mi cabeza y me recordasen por qué al apagar la luz solo deseo gritar. Porque la triste realidad es que cuando las sábanas arropan mi cuerpo la soledad hace lo propio con mi alma.

«Elena, sal de casa», me repetí una y otra vez hasta que logré cruzar el umbral de la puerta.

Necesitaba respirar el frío de la calle y que de ese modo, se helasen las pesadillas de la noche anterior para poder intentar seguir con mi vida.

Domingo por la mañana... Podría centrarme en pasear e imaginar la vida del resto de la gente. Si pienso en otros mi mente no se podrá ocupar de sí misma, de autocompadecerse; pero sé que llegará el momento, como siempre, en el que me encontraré parada en medio de la Gran Vía, incapaz de moverme al recordar que lo que me imposibilita actuar es que alguien ha congelado la sangre de mi cuerpo y no deja a mi corazón bombear.

Siempre pasa lo mismo. Cuando consigo que mis piernas vuelvan a responder solo quiero correr. «No llores, no llores», me repito con firmeza, pero las vibraciones que entran por mis talones al pisar con

fuerza la acera, sé que en cualquier momento harán que se desborden mis lágrimas. «Y aquí están», fieles a su cita comienzan a resbalar por mis mejillas y solo me queda confiar en que, bajando el gorro y subiendo la bufanda, no se vea mi mirada cabizbaja y la angustia presente en mi cara roja y llena de dolor.

Algo curioso de mi mente es que la gusta hundirme recordando momentos; momentos guardados en fotos la mayoría de las veces, en fotos que son importantes para mí, fotos que inmortalizan situaciones concretas, fotos que aunque queme, rompa, tire por el retrete o deshaga en mil pedazos, siempre van a estar en mi memoria como dardos envenenados incrustados entre mis recuerdos, y desde hace una semana la misma foto aparece una y otra vez en mis pensamientos, sin descanso, haciéndome sentir estúpida, débil e inútil.

Era la foto a la que solía aferrarme para demostrar que la asquerosa de la felicidad no se había olvidado de mí.

Feliz recuerdo el de aquel día soleado de Septiembre.

Domingo silencioso y tranquilo en Lerma, en ese mirador en el que si el sol te calienta la piel te hace sentir sereno. Te transporta a un lugar donde solo estás tú y en donde solo puede entrar quien tú quieras. Un sitio donde el silencio es la clave para disfrutar del momento.

—Elena, vamos a sacarnos una foto- me suplicó.

«¿Una foto para qué?- pensé-Este momento no puede ser único».

De todos modos la imagen se guarda con un beso en ella y luego no puede evitar torturarte, no puede evitar hacerte sufrir cuando al recordarla piensas si, en ese instante, ya todo estaba destinado a fracasar y a ti simplemente no te apetecía darte cuenta.

Nunca me había enamorado. Estaba convencida de que lo había hecho pero estaba equivocada.

Lo había deducido porque lloré amargamente cuando las historias acabaron, porque lo pase mal cuando me vi sola y mi móvil ya no sonaba. Pero estaba siendo una ilusa. Si hubiese estado enamorada me

hubiera secado por dentro al no poder conservar en mí ni una lágrima. Hubiese tenido en el pecho una sensación de ardor como cuando tu piel desnuda pasa con fuerza por una pared. Mis ojos de repente no verían las cosas del mismo modo, simplemente porque el mundo se habría transformado en algo distinto... ¿Qué cómo lo sé ahora? Porque esta vez sí que me había enamorado. Esta vez había estado ridículamente enamorada.

—Elena, creo que esto ya no da más de sí – dijo con una seriedad que me dio pánico.

Diez puñales que llevaba viendo acercarse un tiempo pero que mi cerebro no terminaba de reconocer como letales. No por no saber, sino por el empeño de aferrarme a un clavo ardiendo que no solo no frenó la llegada del final, si no que hizo que la quemadura lo empeorase.

Las cosas no tienen que dar de sí. Las cosas son y punto. En el momento en que el esfuerzo supera a la recompensa se transforma en una carga absurda, estúpida e inútil.

Cuando aquella frase salió de su boca y sus ojos verdes me miraron por última vez, solo pude asentir. Atónita porque al final lo había dicho. En shock porque aunque se intuía no me lo terminaba de confirmar... Angustiada porque la vida estaba siendo más fácil con Él a mi lado.

Fue el sonido de la puerta de mi apartamento al cerrarse lo que provocó la caída de la primera de mis lágrimas. Ver justo al girarme en la mesa del salón, la foto sacada dos meses antes en Lerma, lo que hizo que el resto la siguiesen.

Esa misma tarde cuando mi mejor amiga llegó a consolarme y a recalcarme el hecho de que Él no me merecía, que no tenía lógica que dejase escapar a una chica como yo, que iba a arrepentirse de aquello el resto de su vida y que era un capullo sin escrúpulos por dejarme justo después de ponerse los pantalones; esa misma tarde, rompí aquella foto que tanto me gustaba, aquella que me ayudaba a recordar que no todo era una mierda cuando el mundo se empeñaba en pisarme la cabeza.

La regla de los tres fallos. Aquella era la tercera vez que tenía que romper una foto... pero era la primera en que sentía mi piel rasgarse al hacerlo.

- 2 -

10 de octubre del año pasado.

Típica tarde de otoño donde el cielo está encapotado y dorado al ir escondiéndose el sol. De esas en las que el aire hace presencia enfriando el ambiente mientras mueve a su voluntad las hojas de cien colores que los árboles ya han comenzado a despreciar. Ése era el momento perfecto para que el destino decidiese joderme la existencia.

¿Por qué parar? La única razón era que no tenía prisa. Por primera vez en mucho tiempo no tenía prisa por hacer nada. Solo quería disfrutar del viaje, disfrutar de la sensación de conducir sin tener un horario al que ceñirme, disfrutar de lo peliculero de viajar sola con la única compañía de Bruce Springsteen sonando en mi coche.

Un claro apareció por el Oeste, dejándome una visión perfecta de la puesta de sol. Tuve que parar en aquel área de servicio y bajarme a disfrutar del momento.

La naturaleza me desborda y embelesa, siempre lo ha hecho, no puedo remediarlo. Me cautiva el modo en que algo puede ser perfecto sin intentarlo, simplemente porque es así.

El viento enredaba mi pelo castaño, mientras yo me envolvía un poco más en mi cazadora y mi sonrisa se regocijaba por la sensación del aire acariciándome el cuello. Pensé que nada podría distraerme de la tarea de disfrutar de aquella puesta de sol… Claro, que un golpe a mi Seat Ibiza negro era la excepción.

El dueño del coche aparcado a mi lado, un Ford Fiesta rojo que parecía recién sacado del concesionario, había abierto la puerta con demasiada fuerza dando un golpe tremendo a mi coche.

—¡¿Es que acaso estás ciego?!- le grité.

—¡¿Yo?!,- se ofendió exageradamente- perdona, pero mira dónde has dejado el coche…

—¡¿Te refieres a en un parking?!

—Me refiero al lado de otro coche en un enorme parking vacío- me miró

como si yo fuese la culpable de todos los males del universo- ya son ganas muchacha…

Y sin saber cómo exactamente, a los cuarenta minutos de empezar a discutir con aquel chico borde que había golpeado a mi destartalado y sucio Ibiza, estaba en la cafetería del área de servicio observando asombrada que un café haciendo el parte de incidencias suavizaba la situación, una conversación posterior la apaciguaba, una historia oportuna la volvía divertida y una sonrisa compartida tornaba el momento en algo simplemente perfecto. De esa perfección que me gusta a mí, la que sin buscarla aparece.

Cuando nos despedimos una hora después, pensé que aquello había sido algo único y demasiado especial como para repetirse. A partir de ese punto su aseguradora se encargaría de pintar los rayones de mi coche y nosotros no tendríamos que volver a vernos nunca más. Eso fue lo que pensé cuando una mueca de desilusión me acompañó al arrancar el coche y poner rumbo a mi vida de nuevo.

Un par de tardes después una pequeña librería especializada pretendía acabar con la hazaña de encontrar el regalo perfecto.

Mi mejor amiga siempre ha tenido un gusto… llamémosle especial. A ella no le servía una versión traducida y moderna del Principito, no; ella anhelaba poseer una edición antigua en francés y, como todos los años a mediados de Octubre, yo intentaba encontrarlo. Pero acabé como siempre, desesperada y renunciando a mis buenas intenciones.

En la tienda no tenían el libro y me informaron de que sería prácticamente imposible encontrarle sin acudir a una subasta donde varios meses de mi sueldo desapareciesen con el sonido de un martillazo. Nada que no supiese ya. Pero la esperanza es lo último que pierde. De todos modos, me puse a deambular entre las estanterías repletas de libros antiguos con el objetivo de encontrar algo que pudiese reemplazar el sueño utópico de mi amiga María.

De repente, mis dedos se pararon en el lomo de uno de los libros. Los ojos se me iluminaron y una sonrisa inconsciente surgió en mi cara. La niña que no consigo que desaparezca de mi vida saltó feliz. Se acababa de topar con un ejemplar de "Peter Pan y Wendy" escrito en la lengua en la que J.M. Barrie

había dado forma a la historia por primera vez. Sin pensarlo dos veces cogí la obra y, sin ser consciente de mi efusividad, tiré al suelo la montaña de libros que se encontraban a mi espalda.

Como es lógico, todas las personas de la tienda derivaron su interés hacia mí. Todas las miradas sobre mi rostro sonrojado y entre todas ellas una que me resultó familiar. La misma mirada verde que había impactado contra mi coche en un área de servicio cuarenta y ocho horas antes, estaba fija en mí.

—¡Vaya! La chica sin sitio en el parking- dijo con una sonrisa mientras se acercaba ayudarme- Parece que lo tuyo es chocar contra las cosas, ¿no?

—Te recuerdo que la última vez fuiste tú quien chocó conmigo.- sonreí tratando de reponerme del susto.

¿Cuál era exactamente la probabilidad de que Él y yo nos volviésemos a cruzar en una ciudad como Madrid? No era casualidad, de eso estuve segura. La casualidad no existe. Tenía que ser el destino que con dos bengalas me hacía una señal que no pude evitar seguir.

Y ese encuentro fortuito aquella tarde en que la lluvia envolvía la capital, desembocó en un café que se transformó en otro un par de días después. Al siguiente se convirtió en una copa que precedió a una cena, que acabó en un beso, que se repitió al día siguiente y terminó de repetirse en la cama… Así, hasta que sin darme cuenta, once meses más tarde, me vi en Lerma sacándome una foto y sintiéndome conocedora de la razón por la cual el mundo gira.

-3-

Después de que Él desajustase el ritmo de mi vida saliendo de ella, la rutina no colaboraba demasiado en la tarea de reconvertirme en mi misma para dejar de sentirme como un alma en pena recorriendo los pasillos de una tétrica mansión. Así estaba, en una puta película de miedo. Con la misma angustia en el pecho y sin poder dejar los pies quietos ni un mísero segundo. Y yo solo quería que saliesen ya los títulos de crédito para volver a reconvertirme en la Elena que solía ser. No era perfecta, ni siquiera intentaba serlo, pero al menos era capaz de convivir conmigo misma.

Me sentía desquiciada: «¿Es que acaso no eres capaz de reaccionar? Espabila Elenita, el mundo no se ha parado, simplemente te han roto los esquemas».

Uno de los problemas que sobrevuelan mi existencia es la verbalización de mis emociones. Jamás me ha gustado expresar mis sentimientos en voz alta. No soporto hablar de las cosas que me hacen sentir impotente, sola, dolida, angustiada...prefiero pensarlo y llorarlo en la soledad de mi cuarto, donde en silencio, consigo recuperar poco a poco el sentido y la solución empieza a aparecer borrosa en la pared verde. Pero esta vez ni pintando la pared en blanco aparecería ninguna letra.

Esa era una barrera que tanto Él como yo sabíamos que siempre iba a estar entre nosotros. Aunque la derribásemos, siempre se volvía a levantar. Tal y como hizo aquel jueves despejado de Febrero.

Febrero pasado.

Ese nefasto jueves mi madre me llamó abatida. Aquella misma mañana había acompañado a mi abuela a por los resultados de las pruebas de las últimas semanas. Aunque mi abuela le restaba importancia considerándolos únicamente rutinarios, el resto intuíamos que había algo más... Las sospechas de los médicos se confirmaron: tenía leucemia.

Cuando mi madre por fin lo dijo, su voz se quebró y rompió en lágrimas, lágrimas que aún con la distancia yo sabía que eran demasiado amargas.

—Nena, de algo tenía que morirme- sentenció mi abuela al ver a mi madre llorar.

Solo le pudo responder con un beso. Era imposible hablar con ella, jamás decía como se sentía.

Ni sus ojos azules, ni su pelo negro azabache, lo que yo heredé de mi abuela fue la incapacidad de decir en voz alta el nombre de nuestras preocupaciones.

Mi abuela fue madre soltera y crió a su hija sola, sin importarle lo que la gente dijera, haciendo las veces de madre y de padre para que su pequeña no notase la ausencia del impresentable que la creó y abandonó al conocer su inminente llegada.

Procedente de buena cuna, sus padres le ofrecieron la posibilidad de dar en adopción al bebé, pero mi abuela tenía principios y no iba a dejar en manos de otra gente a su hija. No iba a cargar a otros con su responsabilidad.

De ese modo, sin contar con más apoyo de su familia que un cheque clandestino expedido por mi bisabuelo a espaldas de su mujer, mi abuela se partió la espalda para que su pequeña Gabriela fuese feliz.

Siempre he intentado parecerme a mi abuela en ese aspecto. Siempre he tratado de dejar las cosas lo más claras posibles, justificándome solo ante mí misma y enfrentándome a mis errores con toda la valentía que logro reunir.

Sí, es verdad que yo no lo hago siempre del modo dulce que mi abuela empleaba, pero al menos lo hago…o al menos lo intento hacer.

Mi madre y yo lloramos juntas por teléfono. La una con la otra, intentando de ese modo abrazarnos en la distancia. Cuando colgué, me quedé sentada en el sofá. Me sentí muy pequeña. Nadie era invencible, ni siquiera mi abuela que luchó contra todo y todos.

El portero automático sonó rompiendo el silencio con un timbrazo y sacándome de mi misión de mirar fijamente a uno de los tabiques del salón.

Él estaba abajo esperándome para ir al cine. Le abrí y cuando entró en mi apartamento, sin decir una palabra, me acerqué a Él refugiándome en sus brazos intentando sin éxito que se hiciese más pequeño mi dolor.

—¿Qué pasa?- preguntó asustado.

—Mi abuela tiene leucemia.

Esa simple frase que lo resumió todo. No pude en ese momento darle más detalles, explicarle la situación o como me sentía...algo que Él me estaba demandando como hacía siempre que sabía que algo me preocupaba.

—Después de hablar te sentirás mucho mejor...Elena, solo intento ayudarte.-cogió mi cara entre sus manos- No seas cabezota.

—Pues déjame recalcar el hecho de que así no ayudas.- dije soltándome.

—¿Pero qué quieres que haga?- preguntó siguiéndome por el salón- ¿Qué pase todo por alto?, ¿Que vayamos al cine y punto después de lo que me estás contando?

—Quiero que dejes de preguntar de una puta vez.- le contesté rabiosa.

—Las cosas hay que hablarlas Elena, no puedes guardártelo todo porque incluso tú tienes un límite y vas a terminar explotando.

—¡Qué te calles joder! ¡No puedo pensar!

Después de gritarle paré de llorar de golpe. Él dejó de instarme a hablar. Me miraba triste. Tal y como estábamos, uno de pie frente al otro, nos pedimos perdón con la mirada, dejando pasar el tiempo en un abrazo sostenido en medio del silencio que llenaba mi salón.

Sé perfectamente que si aquella noche conseguí dormir algo, fue gracias a que sentí en todo momento su mano en mi cintura, su aliento en mi pelo y su presencia protegiendo mi espalda.

Cuando me descubrí recordando ese instante sentada en mi cama a medio vestir, me di cuenta de que me iba a costar vislumbrar la salida porque mis pensamientos no paraban un minuto. Nunca lo habían hecho y no iban a empezar ahora. Iban de un escenario a otro, repetían cualquier beso robado, cualquier caricia sin importancia, cualquier mirada cómplice, volvían a cualquier cosa que algún día me hizo sonreír...Ahí venía...Otro recuerdo...

Agosto pasado.

Domingo por la mañana. Levantarse de la cama llena de risas desde la

noche anterior parecía un pecado. Agosto amenazaba con dedicar a los habitantes de la capital un día abrasador. Sólo existía una solución: escaparse hasta la Sierra. Un paseo en moto hasta Miraflores. Nadie nos conocía, solos los dos y el viento golpeándonos a toda velocidad.

—Si algún día voy a la cárcel, recordare la libertad como la sensación de ir suspendida sobre el asfalto a ciento cuarenta kilómetros por hora.- dije sonriendo al quitarme el casco.

Y ahora estoy presa. Solo que al pensar en la libertad que me daban esos paseos en moto, la llave en la cerradura gira para cerrar dando una vuelta más. Preso y Carcelero coinciden en la misma persona. Preso y Carcelero tiran cada uno en una dirección rompiéndose las muñecas unidas mientras lo hacen.

Mi mejor amiga parecía haber encontrado un modo de lograr mi excarcelación.

La costa siempre ha tenido un efecto terapéutico sobre mí. Ver la inmensidad del mar me hace perder la noción del tiempo. Los problemas menguan al concentrarme en la belleza rebelde de esas olas que, inútilmente, intentan escaparse del mar.

Según las deducciones de María, basadas en todos los años de amistad que hemos compartido, podría volver a pensar al oír el murmullo del mar que me bañó de pequeña. Conseguiría reaccionar al ver a las olas chocar repetidamente contra las rocas donde gritaba cuando era una adolescente embriagada de alcohol, respondería de una vez cuando el olor a salitre del Cantábrico inundase mi nariz, volvería a estremecerme cuando mis pies sintiesen la humedad de la arena bajo ellos…

Le hice caso. Me escapé ese fin de semana a la ciudad que me vio crecer y fui a la playa. Aparqué el coche en el primer hueco vacío que vi. Quería respirar lo antes posible el aire del mar, quería maravillarme viendo a los surfistas cabalgar las olas heladas, quería que mi vista se perdiese en los kilómetros de playa que soy capaz de recorrer…

Pero allí estaba. Fijo en mi mente. Su efecto fue inminente. Su recuerdo volvió a envenenarme otra vez.

Febrero pasado.

Semanas antes de conocer la enfermedad de mi abuela. Fin de semana escabulléndonos del bullicio, siempre estresante de la capital.

—¿A la playa?, ¿El 1 de Febrero? –alucinó- Si por algo digo yo que lo que viene siendo el sentido común no te funciona del todo bien…

Después de 30 minutos y tras recurrir a mi repertorio de chantajes, terminó poniéndose la cazadora dispuesto a «ir a coger una pulmonía».

Cuando el tiempo no acompaña, ir a los acantilados y ver como el mar los lame en un esfuerzo absurdo por comérselos de golpe es una maravilla. El agua se intenta rebelar contra la tierra perdiendo siempre la batalla. Aunque el viento sea su fiel escudero, siempre acaba exhausto rindiéndose ante la entereza de las rocas.

El chico de los ojos verdes también acabó rendido ante el espectáculo.

—Ele, este mar es como tú ¿sabes?-me abrazó- Tus pensamientos también chocan unos con otros generando a veces olas imposibles.

Y le di un empujón cariñoso y se rio y me besó y le abracé queriendo retener esa armonía para siempre.

—¿Sabes que te quiero, verdad?-acarició mi mejilla.

Solo asentí regalándole otro beso, para después hundirme un poco más en su abrazo protector.